



HISTORIETA MUDA, por V. Polanco

LA PRIMERA CARTA

Ricardo Amplicor es un estudiante á quien su padre ha enviado á Madrid á estudiar leyes. Le ha señalado una pensión decente, que le permite alojarse en casa de huéspedes con principio y vino, costearse de vez en cuando una butaca de teatro, pagar alguna partida de billar fracasada, fumar tabaco no del todo humilde, sin apurar las colillas, y cenar dos ó tres veces á la semana en café céntrico algo más que un ídem con media de arriba.

Claro está, pues se sobreentiende con lo expuesto, que Ricardo goza del inmenso privilegio de tener aún viva y activa á su madre, porque la bolsa paterna, siempre bastante cerrada para los muchachos, no se aflojaría, abriéndose hasta tocar en esferas que ninguna relación tienen con los estudios, sin la ternura, la solicitud y la elocuencia materna.

—¿Estudias muchas leyes?—le pregunta invariablemente su padre en todas las cartas en que le gira una libranza.

—Sí, padre—contesta Ricardo también con frase estereotipada—. Estudio todas las leyes, divinas y humanas.

Y no miente. Os aseguro que dice la verdad su padre, aunque os parezca algo sobrenatural y extraordinaria semejante práctica en un hijo, y, por añadidura, estudiante. Pero, ¿queréis saber las leyes divinas y humanas que Ricardo Amplicor estudia con tanta aplicación y (yo puedo decirselo) tantísimo provecho? Leyes son, sí; y leyes divinas y humanas; pero ni son estrictamente las leyes dictadas por Dios al hombre, ni tampoco las promulgadas por los soberanos terrestres para norma de las sociedades.

Las leyes que estudia Ricardo son las leyes del amor, que, á la verdad, ni pueden ser más divinas, ni pueden ser más humanas. ¡Oh, leyes sabias, magníficas, admirables, que todos obedecen sin que nadie las conozca!

Ricardo ha sentido su incontrastable efecto una noche, durante una función de zarzuela chica. Sentada á su lado ha tenido, por espacio de una hora, á una muchacha encantadora, á una de esas señoritas madrileñas, ó, aunque provinciana, aclimatada perfectamente á

encantadoras, en las que no es posible pensar sin tener envidia á los antropófagos.

—Me la comería á usted—dijo, en efecto, Ricardo á su coespectadora, ya á la salida.

La deliciosa víctima de la voracidad del estudiante de leyes, sonrió en infinita dulzura. ¿Por qué? No he podido averiguarlo. ¿Es un piropo que halaga á una mujer, manifestarla, entre gestos de deglución, que se desea para tragarla? Puede. Nadie se administra, si está en su cabal juicio, un veneno. En cambio, la pitanza envuelve siempre una idea agradable. ¿Qué cosa se come con más placer? Una golosina. ¿Y hay algo más dulce que una muchacha bonita?... ¡Ahora lo comprendo todo!... La coespectadora de Ricardo le agradeció que la tomara por un pastel de crema.

Es el caso que nuestro héroe, como su bella iba acompañada por una señora anciana (una tía, probablemente), no pudo maniobrar con el desahogo que para sí quisiera. Aquella noche se limitó á seguirla, á mirarla, á murmurar entre dientes palabras de admiración apasionada, y á sorprender el paradero de la que ya imaginaba dueña absoluta de su albedrío.

Y, como es lógico, aquella misma noche, ya en su cuarto, Ricardo, en vez de hojear á Heinecio, un señor de siglos pasados, se consagró á arrancar plieguecillos de papel de cartas, para escribir una á su ya furiosamente adorada.

Pero, una cosa es saber lo que se entiende por Ley Falcidia, y otra expresarse en términos que una mujer comprenda y corresponda.

¡Oh! ¡Cuánto le pesó á Ricardo haber desdichado los versos, como ocupación inútil, sandía, y hasta bochornosa!

—¡Si yo tuviese una migaja de poeta!—exclamaba, golpeándose la frente—, aunque no hiciera rimas, enjaretaría alguna imagen florida. Y, no cabe duda; á las mujeres les gusta, sobre todo las flores. Pero ¿cómo voy yo á escribir una primera carta de amor, hablando á mi Dulcinea de legados y codicilos, manumisiones y fideicomisos? Me mandaría irremisiblemente á paseo.

Creyendo salir de su atolladero, pidió prestado un libro de poesías á mi huésped, á quien los demás tenían por loco. Se llevó el libro á su cuarto; se acostó con él; lo repasó de cabo á rabo. Mas ¡oh, fuerza de la herra-

me, hacían vibrar los corazones sensibles, á Ricardo le produjeron un efecto papaveráceo. Esto es, á los cuatro renglones, se quedó dormido, y la carta, sin escribir; y el corazón del estudiante, hecho un volcán.

A la mañana siguiente, siguió manchando papel. Pero, la primera carta de amor no surgía. Mil pensamientos confusos de felicidad, de zozobra, de temor, de esperanza, se agolpaban en su cabeza, zumbando como un enjambre, hasta que concluyeron por aturdirle, marearle y hundirle en un abismo de tristeza.

Entonces tomó una resolución desesperada. Y, agarrando la pluma por última vez, escribió á su amada:

«La quiero como un burro.»

Y firmó.

Luego, se la entregó por la calle, en medio de las más inefables emociones.

¿Qué le ha contestado la joven?

No lo sé. Pero si la réplica ha de corresponder á la demanda, ya adivináis vosotros la respuesta.

José de Siles.

¡EL DISLOQUE!

—¿Dónde estuvistis anoche?

—Fuimos á casa del Mirlo, que ha dao á luz su señora y se celebró el bautizo.

—¿Y hubo juerga?

—¡Ya lo creo!

Como que nos reunimos, todos los socios y socias más flamencos del distrito.

—Y, ¿habría cante?

—¡Amos, hombre,

eso no hay pa qué decirlo! Cantemos el tango nuevo, y la Juanita, la Ovillos, se bailó unas sevillanas, y cantó polos, Camilo.

—Por supuesto. ¿Qué el morapio andaría de lo lindo?

—¿Qué si andó? ¡paee mentira que no conozcas al Mirlo, gastándose los parneses cuando orsequía á los amigos!

Y además de haber de soplen hubo manjares mu finos, chicharrones, gallinejas,

y un bacalao vizcaíno, que estaba supariormente:

¡como que lo hizo la Filo;

que ya sabes tú las manos

que Dios la ha dao pa los guisos!

—¡Vamos, que sus divertistéis!

¡Digo, si nos divertimos!

Paecía una reunión

de esas, que tienen los ricos.

Pero, chico, lo de siempre:

nunca ha de faltar un tipo

de esos que meten la pata

cuando van á cualquier sitio.

—¿Y quien fué ese sinvergüenza?

—El hermano del Camilo

que tuvo allí unas palabras

por cuestiones del oficio

y se lió á coscorrones

con el Bocas y el Isidro.

Y á mí me hincharo a un ojo

salva la parte.

—Lo he visto.

—Pero no me fui de rosas.

—¿Le hicistes á alguno un chirlo?

—Quial no le hice daño á nadie,

pero afané este cilindro.

—¿Es de plata?

—¡Me parece!

—¡Camarál miá que eres vivo!..

Agustín Fernández García.

RAREZAS

Para costumbres raras y peregrinas nadie como Benito Guardamalleta hijo de un fabricante de papalinas, que nació el mismo día que Iturzaeta.

Se daba en las narices baños de asiento, evitando á su sangre perturbaciones, sin tomar muchos días más alimento que tintura de iodo con chicharrones.

Las lombrices le hicieron mil jugarretas por comer caramelos en demasía, y se gastó en colirios muchas pestas para curarse el asma que padecía.

Tuvo viruelas locas siendo teniente, y adquirió la costumbre (bien poco sana) de almorzar por la noche generalmente, y cenar á las ocho de la mañana.

Cuando en días lluviosos tomaba un coche, le contaba al cochero su vida entera;

Se ponía las botas primeramente, y después se ponía los calcetines, y se untaba las cejas con aguardiente para alternar con chulos y matachines.

Se metía en el baño con sobrefalda, y á cazar codornices iba Benito con el perro colgado sobre la espalda y el morral arrastrando de un cordelito.

Para evitar que el fuego de sus pasiones estallase á la vista de unas enaguas, se pegaba pellizcos en los talones al compás de la polka de los Paraguas.

¡Bien lo dicen en Cádiz y en Filipinas, y en París, y en Getafe y en Oroquieta: para costumbres raras y peregrinas, nadie como Benito Guardamalleta!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EPIGRAMA

Compró Rosendo García un paraguas muy barato, y por mucho que llovía, se mojaba y no lo abría el mísero mentecato. Y uno le dijo: —Rosendo, ¡que no para de llover!... Y él respondió sonriendo: —¿Voy á estrenarlo lloviendo para que se eche á perder?

JUAN J. GUTIÉRREZ RAMOS.

ECOS DEL MUNDO

El trasnochar.—La ceguera.—El topo y la luz.—Otro sabio.—Por qué es torpe un animal.—Los mineros.—Mirando el sol.—Cauterización natural.—Un nervio muerto.—Contraste terrible.—El relámpago.—No olvidarlo!—Como «aquellos».

Siempre se ha creído que el trasnochar era perjudicialísimo; pero nunca se había sospechado que lo fuese tanto que contribuyese por sí solo, sin ningunas otras causas ni motivos, á producir la ceguera.

En efecto; según los datos recogidos por mister Adam Revoy en una de sus Memorias, recientemente presentada á la Academia de Londres, las personas acostumbraadas á vivir más tiempo de noche que de día, están en inminente peligro de llegar á quedarse ciegas en un plazo relativamente breve.

Ocurre, según el ilustre profesor, con las personas algo parecido á lo que con ciertos animales inferiores que, por conformaciones especiales de su naturaleza, permanecen en mayor actividad después que el sol desaparece del horizonte que mientras aquel astro ilumina los objetos que los rodean.

El topo, que trabaja en las obscuridades de la tierra, en la que fabrica sus famosas galerías subterráneas (estudiadas tan detalladamente por otro sabio inglés, Mr. Thomas Ley, hace como unos dos años), no ve apenas cuando una luz le ilumina, y se da el caso de que, á medida que la claridad de aquella es más intensa, el animal citado ve menos, hasta el punto de que si la luz del sol le alumbrá, ú otra análoga, como la eléctrica, sobre todo la del arco voltaico, y no hablemos de los reflectores Daus, Machin, etc., el topo no ve absolutamente nada, y de aquí sus tropezones, que son los que han contribuido á darle su fama de torpe.

Pues esto mismo es lo que ocurre con el hombre cuando violentando las leyes de su propia naturaleza se acostumbra á vivir de noche y permanece dormido durante el día.

Igual ocurre también con los que se hallan muchas horas del día en habitaciones donde la luz es muy escasa ó se trabaja con luces artificiales, como suele suceder á los mineros, muchos de los cuales apenas si ven cuando salen de día y más aún si hace un sol espléndido.

Pues bien, sostiene el sabio inglés, fundándose en tales datos, que el trasnochador, acostumbrada su retina á percibir no más que luces muy tenues ó aunque sean fuertes, siempre artificiales, no puede soportar la diurna, y ocurre con su vista algo parecido á lo que sucede á la persona que mejor organizada tenga aquella cuando pretende en su osadía mirar fijamente al sol, que se deslumbra, que se ciega.

Esta ceguera llega un momento en que se prolonga y puede conducir realmente á una que lo sea para siempre, porque el nervio óptico, hecho inservible por la cauterización especial que producen los rayos luminosos, si son muy intensos, queda muerto y ya no transmite al cerebro la imagen del objeto, que es lo que acontece á los ciegos.

El contraste rápido de la sombra á la luz potente, puede también ocasionar momentáneamente la ceguera, y son bastantes los casos que se citan de personas que perdieron la vista por haber sido sorprendidas de noche al aire libre por una tempestad y haber recibido en la retina la rapidísima impresión de un relámpago.

De todas estas curiosas investigaciones resulta la afirmación que al principio estampábamos y que no deben olvidar los que hacen del día noche.